

Aunque son escasas las noticias que se poseen del artista, la autora reúne los datos esenciales para que las obras queden debidamente asignadas. Piénsese que Simón Rodríguez era detectado por suposiciones. De ellas salimos para penetrar en la certeza. Hay que congratularse de ello, ya que las obras que salen del maestro ofrecen la mayor trascendencia.

Sabido es que a Simón Rodríguez se ha considerado como el definidor del «estilo de placas». De ello no cabe duda a partir de esta obra. Se estudian sus antecedentes, considerándose los grabados del alemán Wendel Ditterlin como los que más han podido influir sobre él, pese a la lejanía en el tiempo. Mas también se halla eco sobre Rodríguez de los tratadistas Fray Lorenzo de San Nicolás y de Juan de Caramuel. Es arquitectura-ebanistería. Las superficies son planas, pero se proyectan en profundidad con curvas. Lo cóncavo y lo convexo armonizan. La tradición de los canteros, de los maestros que secularmente han cortado los bloques de granito, está presente en esta estereotomía.

Sean edificios o retablos, el encanto reside en la articulación de las superficies, sabiamente recortadas y escalonadas. Un retablo de granito es la fachada de Santa Clara, en que los bloques galopan hacia lo alto, en prominente ascenso. Mas también fue hábil Rodríguez creando grandes espacios, como la iglesia de San Francisco de Santiago. Por excepción, su obra se propaga hasta la iglesia de San Nicolás, de La Coruña.

El retablo mayor de la iglesia de la Compañía de Santiago pregona la ingeniosidad del maestro. Aquí se echa de ver una máquina de madera, que viene a ser arte efímero conservado. Cabe recordar los catafalcos, en tantos sitios elevados y desmontados al término de las exequias. Si la arquitectura permanece opaca, los retablos de Simón Rodríguez son permeables, etéreos como un andamiaje. Nunca fue mayor el ingenio de Simón Rodríguez, pero ha dejado otras muestras de retablos (capilla de la Prima en la catedral de Santiago, capilla del Santo Cristo de Conjo, de la capilla de San Roque).

Una esmerada edición, con espléndidas láminas y diseños, hace de esta obra el mejor tributo que pueda rendirse a un arte gallego, que se acreditó por saber incorporar la sabiduría del oficio a una arquitectura que, por barroca, se empeñaba en aligerarse para volar.—J. J. MARTIN GONZALEZ.

*Arquitecturas en Valladolid. Tradición y Modernidad. 1900-1950*, Valladolid, Colegio Oficial de Arquitectos de Valladolid, 1989, 281 págs., numerosos planos, dibujos y fotografías.

Recogiendo el debate en torno al Movimiento Moderno en arquitectura, que en buena medida caracteriza a la teoría y a la práctica de ésta en las últimas décadas, y especialmente en la que está a punto de finalizar en lo que se refiere a nuestro país, el Colegio de Arquitectos de Valladolid ha publicado una colección de estudios sobre una serie de edificios que, cronológica y estilísticamente, se hallan entre las últimas manifestaciones de la tradición decimonónica finisecular y los albores de la Modernidad. El análisis y la reflexión que se han realizado sobre ellos demuestran lo complejo de la situación de la arquitectura española durante la primera mitad del siglo XX, donde confluyen, entre otras, tres grandes líneas: la pervivencia, por inercia del monumentalismo y decorativismo decimonónicos, propios de un eclecticismo cosmopolita, vinculado a las entidades financieras; la incorporación a la arquitectura moderna, que en nuestro país se lleva a cabo de forma tardía, y a menudo meramente epidérmica, lo que se refleja de un modo aún mucho más acusado en los círculos provinciales; y, finalmente, el intento de recuperación de ciertos lenguajes

arquitectónicos vernáculos, con la intención de dotar a los edificios de unos significados ideológicos y estéticos. En este sentido, la consciente búsqueda por parte de los arquitectos de una raigambre local en los sistemas figurativos empleados, así como la necesaria consideración de la totalidad de la producción arquitectónica, incluyendo, junto a la construida en las grandes metrópolis, la que se encuentra en los focos provinciales, hacen válida la perspectiva local en los estudios sobre este momento arquitectónico. Sin embargo, el libro que aquí se comenta tiene la virtud de no ocuparse solamente de lo particular y provinciano, sino que incardina los ejemplos abordados dentro de una dinámica nacional, señalando sus precedentes internacionales si los hubiere. Otro de los aciertos en el planteamiento de este libro ha sido el mantenimiento constante del referente histórico. Este propósito historiador se manifiesta plenamente en el primer capítulo, donde se exponen las circunstancias históricas de la ciudad en el lapso temporal escogido, y se mantiene en los estudios que le suceden, pues no dejan de contemplarse en ellos los factores ideológicos, políticos, económicos y sociales que condicionaron el desarrollo de la arquitectura vallisoletana de la primera mitad del siglo XX. Especial hincapié en estos condicionantes se hacen en el capítulo que se ocupa de la legislación y de las directrices políticas que se aplicaron sobre la arquitectura escolar, y en el que se dedica al edificio de Correos de la capital vallisoletana, con una recapitulación sobre los ideales de la arquitectura regeneracionista española.

La distinta procedencia de los autores (la Historia del Arte, la enseñanza y la práctica de la Arquitectura) proporciona al libro variedad de métodos, de enfoques y de resultados: desde la investigación documental al dibujo de plantas, alzados y detalles; desde el estudio formal de los estilemas, hasta el análisis proyectual o la consideración de los procedimientos constructivos empleados. Tal variedad se corresponde con la de los edificios estudiados, que ofrecen una amplia gama de tipos, funciones, categoría, carácter, etc. De este modo, desfilan ante el lector arquitecturas públicas y privadas, urbanas y campestres, domésticas y fabriles, financieras, escolares, deportivas y bloques de viviendas sociales. Aún así, se conserva una coherencia a lo largo del libro, gracias en parte a la ordenación cronológica o estilística de los edificios que son objeto de su correspondiente estudio, formando una secuencia que muestra la trayectoria de la arquitectura vallisoletana hasta los años 50. En ella se encuentran obras de destacados arquitectos, como Antonio Flórez o Jerónimo Arroyo. Pero también las hay construidas por otros de menor importancia, o por maestros de obras —anónimos, o cuya identificación resulta irrelevante—, que carecen de pretensiones programáticas, pero que no dejan de ser sintomáticos de una forma de entender el arte de edificar.

El panorama que se ofrece en general es el de una arquitectura civil que, dejando aparte ciertos ejemplos de tipo oficial o privado, es concebida y realizada para conseguir la incorporación de la sociedad a unas formas de vida propias de los nuevos tiempos que corren, facilitando la alfabetización mediante la construcción de escuelas, o procurando solucionar el problema de la carencia de vivienda. En la planificación de esta arquitectura se imponen ya definitivamente criterios que son considerados actualmente básicos, pero que entonces suponían novedad, como los relativos a la higiene, orientación, ventilación, racionalización de la distribución, etc.

Entre la arquitectura escolar descuella la Escuela Normal de la capital vallisoletana, analizada por Javier Rivera, que también ha actuado como coordinador de este libro. La dirección de este ha corrido a cargo de Salvador Mata, a quien se deben la introducción, en la que expone el doble objetivo que se ha querido cubrir con esta publicación (revisión de los comienzos del Movimiento Moderno y mejor conocimiento de la arquitectura vallisoletana), y el capítulo dedicado a la transformada y reelaborada Casa del Pueblo. No toda esta arquitectura civil es doméstica o de servicios. También hay buenos ejemplos de la industrial, como es el edificio de la

Electra Popular Vallisoletana, estudiado por Nicolás García Tapia, cuyos volúmenes y contemplación estética aparecen actualmente desvirtuados por la acumulación constructiva a su alrededor.

Los autores de este libro llevan a cabo con sus escritos el análisis pormenorizado sobre la transición entre el oficio tradicional de la Arquitectura y las novedades del Movimiento Moderno en Valladolid, pero también contribuyen a valorar un patrimonio arquitectónico, que en ocasiones no ha sido apreciado adecuadamente y que en ciertos casos se encuentra en estado de ruina o modificado, bien por ampliaciones irrespetuosas, o bien por la desaparición o transformación de algunas partes del edificio que fueron concebidas en armonía con el conjunto y del que formaban parte integrante.

Tiene, por tanto, este libro una doble dimensión, en tanto que estudia una arquitectura perteneciente a un pasado reciente, pero también en cuanto que a través de su lectura implica a arquitectos, a historiadores del Arte y a la misma sociedad, que debería sentirse apelada para actuaciones futuras en el campo de la Arquitectura y del Urbanismo, por estas reflexiones sobre unos espacios arquitectónicos en los que se desenvuelve su existencia.—MARIA JOSE REDONDO CANTERA.

FERNANDEZ-LADREDA, Clara, *Imaginería Medieval Mariana*. Ediciones del Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura. Serie Arte, nº 18. Pamplona, 1989, 403 págs., 39 lám. color, 182 lám. blanco y negro.

El estudio de la imaginería está sujeto a problemas que afectan en general en menor grado a la escultura monumental y a la escultura funeraria. Salvo para algunas piezas de especial significación existe una ausencia total de noticias documentales en que fundamentar una cronología. Pero incluso, en los casos excepcionales que han merecido ser recogidos en las fuentes, la información viene deformada por leyendas y tradiciones piadosas que, la mayor parte de las veces, atribuye a las imágenes una antigüedad imposible de compaginar con el análisis estilístico. A su vez este último se ve dificultado por las modificaciones de que han sido objeto las piezas más veneradas, y por el deseo de reproducir las imágenes milagrosas, lo que ha dado lugar a arcaísmos y a obras populares de difícil clasificación.

Por esta razón debe de tenerse en cuenta el trabajo de Clara Fernández-Ladreda, que ha sabido utilizar todas estas limitaciones iniciales para afrontar el estudio de la imaginería navarra con un criterio sistemático y científico. La autora ha preferido en esta ocasión seleccionar como tema las imágenes medievales de la Virgen, cuyo importante número le proporciona un material coherente y adecuado para llevar a efecto, con éxito, su proyecto de clasificación. Las imágenes catalogadas son alrededor de trescientas, y entre ellas se encuentran obras de gran significación tanto por su categoría artística como por la difusión de su culto. Es interesante señalar, asimismo, que en esta provincia de Navarra se ha conservado un grupo destacado de esculturas revestidas de chapa de plata.

El método que ha utilizado en su estudio, es particularmente efectivo para este conjunto de imágenes navarras. Se basa en combinar el análisis estilístico con la revisión crítica de las noticias históricas o legendarias. A partir de esta confrontación se llega a definir aquellas imágenes arquetípicas de las que han derivado interpretaciones más o menos directas, y que sirven de referencia para los diferentes grupos iconográficos. Revisa la aparición y el desarrollo del culto mariano en Navarra, así como las imágenes que han tenido un papel principal en la devoción y el culto a lo largo de los siglos. Salvo en muy escasas excepciones, estas imágenes son las de